

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

UN GRAN LUNAR EN LA EDUCACION.

He aquí lo que Mr. René de Semallé escribía al Dr. Platin, Vice-Presidente de la Sociedad Protectora de Paris en 1853.

«En el momento en que la barbarie africana, despues de mil infructuosos esfuerzos llevados á cabo bajo los precedentes gobiernos, acaba de implantarse en Nimes y en Saint-Esprit, y de proporcionar á nuestros pueblos el espectáculo horrible de hombres que arriesgan su vida, toros degollados y caballos destripados, permítame V. que le entretenga unos instantes hablándole de esas famosas corridas de toros, que, por una increíble extravagancia, ha dejado subsistir la Iglesia española á traves de todas las edades, siendo así que tenía bastante poder para abolirlas, puesto que ha logrado cosas mucho más difíciles, como son cristianizar la Andalucía y extirpar el Mahometismo de la Península en la que había reinado ochocientos años.»

Y en otro lugar continua:

«Rehabilitando cuanto me es posible la España tan censurada, permita V. que le transmita las reflexiones que me han inspirado las cuatro corridas de toros y de novillos á que he asistido. Si le parece á V. que me salgo un tanto de los límites de la moderacion, considere que el mal es grande, que puede servir de arma terrible á los protestantes para combatir á los católicos, puesto que, como yo le demostraré, el clero español es el cómplice voluntario de los horrores que combato, puesto que tamaño mal amenaza invadir la Francia, y enfin, puesto que la Iglesia española no sacudirá su sopor respecto á este punto, si los periódicos religiosos de Francia no la fuerzan á salir d

Abril 15, 1879.—Tomo V.—Núm. 20.

ese estado. No hay nada peor que una falsa conciencia, y gracias á algunos sofismas, las corridas de toros pasan aquí en lo general por una cosa perfectamente cristiana.»

Hagamos punto, porque basta y aun sobra esto para nuestro propósito del momento.

¿Es fundado el cargo gravísimo que pesa sobre el clero español?

¿Y son los españoles y los cristianos los que están obligados á contestar á esta pregunta? ¿No será posible rechazar la acusacion como tantas otras veces en que nos han calumniado nuestros huéspedes extranjeros, tras de hallar deliciosas nuestras costumbres y gozar amplia y afanosamente de nuestras fiestas y espectáculos? ¿Y hay algo más poderoso que el patriotismo que pueda disculpar toda la negacion del amor propio y todo el valor de la imparcialidad que necesitamos para ponernos de parte de los acusadores?

Sí: la justicia que, como elemento universal, vale más que ese egoismo y esa ceguedad, no pocas veces encubiertos bajo el ostentoso difraz de patriotismo: los fueros de la verdad y la defensa de la niñez y de las sencillas gentes de los campos, conculcados los unos y entregadas las otras indefensas á la direccion y enseñanza de hombres poco sabios ó lamentablemente funestos; y el mismo amor patrio, tambien rectamente entendido, que aconseja é impone el sacrificio de todo respeto social ante el interés humanitario del progreso, y de toda condescendencia imprudente y hasta pecaminosa ante el deber moral de la regeneracion de muchos y la grandeza y provecho de todos los españoles.

Sin duda que el principal fundamento de nuestro impugnador, lo ofrece ese bajo sacerdocio de las villas y aldeas, que, falto de ilustracion para comprender en toda su alteza la mision que le está confiada, y suficientemente débil ó rutinario para rendir culto á las preocupaciones ó sacar una utilidad material poniendo á contribucion los extraviados gustos de la multitud, celebran la inauguracion de los santuarios ó los aniversarios religiosos de los santos con corridas de novillos, toros de cuerda, gallumbos, carreras de burros, carneros ó cerdos, apaleo de gallos, tiros de palomas y otros divertimientos groseros y crueles, que ponen en pugna el espectáculo de las plazas con las

prácticas de las iglesias, y los estímulos del escándalo con las suaves enseñanzas de los púlpitos.

Servir al altar por la mañana y á la aberracion popular por la tarde; postrarse ante un Dios de paz en el misterioso é incruento sacrificio de la misa católica, y luego ante el falso idolo del populacho en el culto brutal de un hábito sanguinario y detestable, cosa es que no se comprende y que merece ser rudamente atacada. Toda la indulgencia que concede á la ignorancia por parte de los sabios, y toda la compasion que puede inspirar el extravío á los buenos, quizá no bastasen á explicar el silencio en materia tan grave y en hecho de tan transcendentales como deplorables resultados.

Mas lo que no sólo explica y justifica la censura extranjera, sino que autoriza y legitima la propia, es que la aberracion caiga en el clero ilustrado; es que la torpeza venga de quienes ofrecen la ciencia como título para ejercer el magisterio de la juventud, y que en el santuario, dos veces sagrado, de la casa conventual y del aula de correccion y enseñanza, se practiquen actos taurómacos, se adule con ellos á los pueblos y se conquisten las ciegas simpatías de la niñez con divertimientos peligrosos por una parte y degradantes por otra; tal conducta convierte la moralidad en una hipocresía, y pone en la educacion tan fea mancha, que encrudece en vez de moderar los gustos, oculta bajo forma suave vicios lamentabilísimos é insubordinados y sombrea, enfin, la bella obra de la generacion de una conciencia, con los negros vapores de la mentira y la inhumanidad y las nieblas de la insensatez y los errores.

Hace tiempo que corrían rumores por esta provincia de que una respetable casa de enseñanza y educacion establecida en ella, había encontrado forma de dar entrada bajo sus sagrados muros á la aficion taurina y aun al cultivo del llamado arte de torear, en el grado y á pretexto de que se trataba de un mero divertimento infantil y de un juego ó pasatiempo para las horas de recreo. Una casa de severos hábitos, en que mayor cuidado parecen merecer los empleos de los ocios y las vigilancias de las horas destinadas á holgar, y en que la rectitud de los propósitos y la rigidez de la disciplina que á su consecucion conduce, imponen grandes deberes y exquisito tacto é interes, seguramente que no podía despertar temores de que se introdujese por concepto alguno ningun elemento discordante con la ilus-

tracion y la moralidad, ni falseador de los fines pedagógicos y de la mision transcendental que estaba llamada á realizar. Ni era posible recelar de que las promesas hechas á las familias y al Estado se viesen defraudadas, ni que se sospechase como cosa posible el olvido de los rígidos deberes que pesan sobre una casa de correccion y enseñanza, garantida y resguardada con el carácter de institucion religiosa.

Los que en nombre de la libertad habían visto con indignacion los atropellos de que, en desordenados tiempos, habían sido víctimas los jesuitas y en su consecuencia habían pedido para ellos iguales respetos y derechos que para las demás instituciones humanas, no habían creido posible que con tan rigida disciplina, bajo tan severa denominacion, á favor de un cierto nombre justamente alcanzado en la práctica de la enseñanza, se pudiese nunca caer en tamaño error y venir á mezclar con otros usos y otras prácticas de indudable y benéfica influencia, la gran aberracion del tauromaquismo y el grosero error de nuestras actuales costumbres populares. Cuando despues esto se ha visto y se ha censurado, el afan de popularidad, el natural anhelo de ponerse con esta á cubierto de agresiones terribles y la misma indiferencia ó quizá satisfaccion con que, por lo general, se mira un hecho que dista mucho de estar bien apreciado por muchos, han venido á servir de explicacion á la extraña conducta de los padres jesuitas, fomentadores de esa fiesta y por tanto de los gustos y tendencias que aun la sostienen viva entre los aristócratas y las masas, polos que se juntan para cooperar al daño, ya que no hay medio de armonizarlos para hacerles concurrir al bien social y al bienestar de la madre patria.

Mas lo que no hacen con grito unánime y tremendo los padres de familia, que debieran velar más y mejor por el porvenir moral de sus hijos; lo que dejan hacer los gobiernos embebidos en los intereses funestos de nuestra malhadada política; lo que no se tiene por razon bastante para negar los derechos á la enseñanza de cuantos no la entienden con la pureza, grandeza y transcendencia que en sí tiene y lo que pone la ponderada educacion jesuítica al nivel de la ejemplaridad que ofrecen los más rudos curas de aldeas ó las más mundanas personalidades sacerdotales, eso basta para que nuestra Sociedad levante enérgica protesta y lance sin contemplaciones su anatema, en nombre de esas tiernas conciencias así lastimadas, de esos derechos familiares así

desconocidos por unos y ofendidos por otros y de esa civilizacion y ese progreso de que tanto ha menester España si quiere redimirse de las esclavitudes que pesan sobre ella y entrar al fin en el concierto de las naciones europeas.

Si es cierto, pues, que los niños del colegio de jesuitas del Puerto de Santa María, celebran frecuentemente corridas de toros; que se les habitua al manejo de la capa y la monterilla toreras; que se les proporcionan en ocasiones, pequeñas reses para que las piquen, las rejoneen y las maten á uso de plaza; que de ordinario el tauromaquismo, aun en su forma más pueril é inofensiva, sirve de solaz y divertimento entre ayunos y rosarios, comuniones y misas; y si en fin, las enseñanzas y pláticas de moral están despojadas de la esplicacion de nuestros racionales deberes para con la naturaleza como obra de Dios, para con la vida prodigio de la Omnipotencia, para con el sufrimiento ley de la vida, y para con la moral, finalmente, regla de la humanidad, la SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS, señala como perniciosa, bajo tan alto concepto, la enseñanza jesuítica del Puerto de Santa María, y da la voz de alerta á los padres de familia, y muy especialmente á los que blasonan de nobleza hereditaria ó de ideas liberales y reformistas, puesto que hay en ella vicios que pueden ocultarse bajo un exterior aceptable, algo que se armoniza mal con la dignidad de la persona, la generosidad del corazon y la rectitud de la conciencia y algo que imposibilita para el progreso y dificulta las conquistas del moderno derecho y de la racional libertad.

Jueguen los niños sin contraer malos hábitos, recreen sus corazones sin degradarlos y respondan con la pureza de sus conciencias y la caballerosidad de sus actos, á esa brillante ilustracion y sobre todo á esa educacion tan decantada que la paternidad busca en la obra jesuítica, y que la ceguedad piensa que solo puede ser patrimonio hoy de lo mismo que vituperó ayer y que estará dispuesta á condenar y maltratar cruelmente mañana.

Sea la educacion por todas partes fundamento de un más seguro y más venturoso porvenir; pero sealo especialmente en los institutos religiosos, ya que se ha dado en decir que la falta de religiosidad es la causa de los males que lamentamos y del atraso que nos avergüenza.

Lean los ilustrados padres jesuitas esos modestos libros que

con espíritu cristiano y patriótico ha producido el magisterio laico: cierren sus puertas á las aberraciones populacheras y á las extravagancias aristocráticas y abraulas con amor y cortesía á esas obritas en que se concilian el pensamiento moderno del progreso con el viejísimo de la moral y la justicia, para bien de la enseñanza infantil y de la sociedad futura: y luego que los hayan leído y meditado, es seguro que, por razón de su juicio y por deber de su sacerdocio, los dejen caer en las manos de los niños y se convertirán sus labios elocuentes y sus consejos sabios en colaboradores de la noble empresa intentada de tan bella manera por nuestros humildes maestros de escuela: esos otros sacerdotes de la civilización, esos otros soldados de la libertad y del progreso, hoy reclutas de última fila, mañana generalísimos en las brillantes huestes que ofrezcan las naciones para las conquistas de la virtud y de la ciencia.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

EL HOMBRE Y LA VIDA.

«El mundo de los animales—ha dicho Lamartine—es un océano del que no bebemos ni una gota, cuando podíamos absorberlo á torrentes.»

Y no es solamente tal mundo el que forma ese océano inmenso: los vegetales, la naturaleza, la vida entera, presentan al sér humano campo inmenso en que desarrollar su amor, grandiosa escena para su accion constante.

Sucede al hombre, indiferente á todo lo que le envuelve y le rodea, que efectúa su camino en la tierra sin dirigir una sola mirada en derredor, sin estudiar que son los otros séres; en qué relacion con él se encuentran.

Por desgracia, domina en muchos la ley del egoísmo; porque esos mismos que la acogen, no quieren estudiar los fenómenos varios que tienen lugar en su presencia, los hechos numerosos de la vida.

Es muy fácil, creyéndose señor y dueño, disponer libremente de cuanto se supone al propio dominio sometido: no es tan sencillo hacer transcurrir la existencia si, fundándose en hipótesis contraria, se realiza el deber en sus diversas y múltiples manifestaciones.

He aquí por qué tal vez es numeroso el conjunto de los que se encuentran en el primer caso comprendidos; he aquí por qué es siempre escaso, entre nosotros, el número de los que viven ajustando al deber su actividad.

No ha llegado para la humanidad el momento de hacer dominar las inteligencias: la fuerza impera aún, no sólo en las relaciones del hombre con el hombre, sino, con mucha mayor facilidad, en las más frecuentes de la vida entera, que es inferior al sér humano.

Y así como la inteligencia parece que supone el amor, así la fuerza es en un todo antitética á él: no es extraño, sin duda, que la paz no reine en el planeta, no es extraño que la lucha exista por doquiera.

La lucha, sí: en el órden material de los hechos, la lucha es necesaria: no es la vida un presente delicado, sino más bien un castigo inmerecido.

Cuando el débil tallo de la pequeña, humilde hierbecilla se desarrolla y crece, encuentra obstáculos tan grandes, que sólo por esfuerzos singulares llega á verse fuerte y ya crecido. Cuando el árbol es solamente pobre arbusto, ha de luchar con los otros que á su lado aparecen y, si los vence, llega á crecer, á elevarse á prodigiosa altura; mas si tal no sucede, ó morirá ruin y miserable, ó seguirá pequeño para desaparecer el mejor día.

En la vida animal, cuando nace el hijuelo, necesita de cuidados prolijos; y, ántes de verse fuerte y vigoroso, habrá de sufrir tan constantes, tan grandes acechanzas, que, sin vencerlas, no llegará jamás á verse grande, á obtener una edad avanzada.

El hombre es, pues, llamado á buscar la armonía en medio del combate; la armonía brilla entre la guerra, la armonía que reinaría por doquiera si el poder inteligente fuera el único existente.

Cuando se aplica la investigacion al conocimiento de los fenómenos naturales, se conoce en su verdad exacta lo que son los séres en su relacion siempre perfecta: cuanto vive sobre la superficie de la tierra forma cadena inmensa, que puede fácilmente romperse, si el equilibrio llega á desaparecer ó no subsiste.

Es necesario que sea admitida y sancionada una nocion de esa misma relacion completamente distinta de la que hoy se ad-

mite: lo que alienta y alcanza vida y desarrollo existe para sí; no para otro.

La idea, falsamente admitida, y por alguna escuela y aún secta religiosa sostenida, de que todo ha sido creado para el hombre, debe ser ya al olvido relegada: cada sér es un átomo invisible, en la inmensidad incomprensible del universo: cada hombre y misero individuo forma parte de un infinito mundo.

La vida del planeta, es casi nada, ante tantos mundos como existen: la vida de los séres depende solamente de los hechos que llegan á afectarla, que le hacen sentir su influencia.

¿Cómo es, pues, posible admitir que pueda reinar sobre la faz del globo la armonía deseada, si todo cuanto vive hubiera de someterse sólo al hombre?

No es posible que la esclavitud la paz produzca: la fuerza no llegará jamás á donde llega el invencible poder de la justicia. El hombre soberano domina con facilidad á los animales; pero si se olvida de algo que le importa recordar, en vez de paz encuentra solamente calamidad y llanto.

Matar es fácil; también lo es destruir, exterminar una raza cualquiera: lo que es difícil es corregir el mal que se ocasiona, poner un dique á las consecuencias, á veces terribles, de los mismos hechos realizados.

El hombre destruye los bosques, y clama luego, cuando las lluvias no fecundizan las tierras que ha labrado, en que ha llegado á depositar rica semilla; extermina los pájaros, ignorando el valor inmenso que atesoran; y llora cuando, crecidas las plantas que han producido aquellas simientes que sembrara, se ven comidas las tierras vegetales por millares de insectos que se multiplican prodigiosamente, porque los pájaros, sus incansables enemigos, no vienen ya á exterminarlos; pesca sin cuidado, peces sin número de colosal tamaño, y ve las aguas cubiertas de restos putrefactos que aquellos se comían, y ahora vician el aire poco puro de las ciudades; sufre terrible azote con epidemias frecuentes que le diezman, y no conoce que ha cambiado, por solos su poder y voluntad, las condiciones climatológicas del país, haciendo ya posible y aun frecuente, lo que ántes fué completamente desconocido: el hombre en esto, ó ha de conocer que la vida á su vida está ligada, ó habrá de negar la existencia que claramente se presenta ante él.

Y con esto ¿qué extraño es que la SOCIEDAD PROTECTORA de

Cádiz, al dedicar su amor á los animales, haya estendido al vegetal su proteccion sincera?

No ha faltado en España escritor que en periódico de grande nombradía haya dicho que proteger las plantas era lo mismo que hacerlo con las piedras: llevar á este punto la oposicion á una idea noble y desinteresada es querer desconocer la relacion estrecha existente entre la vida animal y vegetal.

Es natural deducir de esa misma relacion un principio de general obligacion: el deber aparece por poco que se quiera entrar en el estudio de los grandes hechos naturales.

La idea de amor, el principio protector no son, seguramente, ni pueriles antojos, ni meros pasatiempos: la ciencia dice algo en su apoyo, y ese algo se traduce por la voz *obligacion*, y se muestra como deber que ha de cumplirse sin remedio.

En la naturaleza, la mudanza, el cambio es incesante: ese cambiar continuo es un principio que, si obliga al hombre á conocerlo, le enseña á la vez lo que es la vida, y le indica lo que ha de ser la actividad humana.

La existencia del hombre no es independiente de lo que le envuelve y le rodea: la dependencia es union, la union invita á obrar en determinado sentido: el deber no puede desconocerse: aparece necesariamente en cuanto se estudia la vida toda y se compara su existencia con la del sér humano.

La moral de hoy no se limita á reconocer los deberes del hombre ántes reconocidos: existe un deber hacia la naturaleza, hacia la vida entera, que hoy no quieren todos reconocer, que mañana será universalmente reconocido.

Es preciso comprender cual es el puesto del hombre en la creacion, cual es el verdadero objeto de la vida: tal vez esto es muy importante; tal vez comprendiéndolo, será más fácil resolver el problema de la paz en las innúmeras existencias.

Amor á la vida; estudio de la naturaleza; bondad y compasion; justicia y fé: fé firme en el porvenir, que es de la inteligencia, y, como tal, de la verdad: he aquí lo necesario para que la bola de nieve, ya formada, aumente, aumente sin cesar: poco á poco la voluntad es dominada, y al bien directamente dirigida; poco á poco la victoria es de aquel en quien el esfuerzo va de la bondad acompañado.

Cuando el deber para con la vida sea por todos reconocido, las Sociedades Protectoras habrán llegado entre nosotros á la

consecucion de su ideal: cuánto se necesita para esto no es preciso indicarlo; el trabajo constante allanará el camino, abrirá la senda, hará posible que un día, el amor á los seres sea principio á que se ajuste la humana actividad, haciendo así posible el reinado de la paz sobre el planeta.

Paz sacrosanta habrá de producir la bondad para con la vida, si solamente amor abriga el hombre, si en su afecto á la vida mira un principio seguro de propio bienestar.

Cuando la ciencia ilumine la inteligencia de todos los hombres, estos, siendo justos, habrán alcanzado la mejor de las perfecciones: la posesion del bien.

E. THUILLIER.

APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL TOREO EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

He aquí como entiende *La Iberia* del 17 en su gacetilla, la gran funcion, del género filantrópico, que se había de celebrar aquella tarde en el circo madrileño:

"ECOS DEL DÍA—En Gibraltar ha sido multado un hebreo por haber desplumado una gallina.

¡Y aquí los judíos despluman á los hombres vivos sin que nadie lo impida!

—
El que quiera ver si el pueblo de Madrid es caritativo ó no, que vaya hoy á la Plaza de Toros.

La corrida es á beneficio del Hospital, y todos los que han podido hacerlo han dado la respetable cantidad que cuesta un billetito para ver la fiesta.

Pero que diga la diputacion:

Se suspende la corrida: los que hayan tomado billete pueden, si quieren, dejar su valor para el objeto que se la destinaba; esto es, para los pobres.

Verían Vds. entónces cómo cada hijo de vecino retiraba la limosna que hubiese dado al Hospital.

Somos muy caritativos para divertirnos."

De lo primero, casi hay que alegrarse, porque hay en ello algo de justicia. ¿No despluman los hombres las ideas, y hasta

desuellan los sentimientos y achicharran las intenciones? Pues que los judíos los desuelen á ellos; que despues de todo serán los vengadores del pensamiento, del corazon y de la conciencia, Hace tiempo que los judíos desempeñan en el mundo un papel providencial.

En cambio, las pobres gallinas no le han hecho daño á nadie, ni siquiera le han picoteado el alma al que las despluma, sin duda por no envenenarse; es menester convenir aquí para *inter nos*, que la mayor parte de los animales vale más que la mayor parte de los hombres; y si no, he aquí lo que deducimos de la primera gacetilla de *La Iberia*:—Un hebreo vale ménos que un hombre, una gallina vale más que un hebreo, luego vengan gallinas y llévense Vds. los hombres; tendremos al ménos buen caldo, aunque nos falten malas tripas, lenguas largas y duros corazones.

La prueba que propone el gacetillero de *La Iberia* á la Diputacion provincial en su segundo *eco del día*, es oportunísima. ¡Qué caridad, ni qué alcachofa! A ver; vaya V. á hilvanar el tauromaquismo y la beneficencia: meta V. en un saco el egoismo y la generosidad.

Es el placer el que promueve el gasto, no la caridad; que se dé la limosna en el jubileo, que se recaude en la universidad ó en los talleres, que á lo ménos se recolecte en los teatros, que tambien las artes andan de capa caída, y se verá como no se ha puesto la mano sobre el filon. Toros, toros, toreemos la miseria como hemos toreado la civilizacion; que digan los enfermos y los pobres: «A estas horas, ahí al lado, se descuernan ó se encuernan por causa nuestra: dentro de poco quizás tengamos algunas cataplasmas ó algunos potajes algo mejores; pero tal vez vengan á compartirlos con nosotros fraternalmente algunos de esos infelices á quienes la sociedad *caritativa* manda literalmente al cuerno.»

Mas no le quitemos el placer de manifestarnos sus reflexiones al filósofo socialista *Sr. Blasillo*: he aquí lo que nos escribe en *El Globo* correspondiente al 18 de Junio; el buen revisitero está de broma, puesto que empieza con unos graciosos versitos:

«El señor don Juan de Robres,
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital,

y... tambien hizo los pobres.

Nunca mejor que en esta ocasion—dice el *Sr. Blasillo*—podría traer-se á cuento la anterior redondilla. (*Y desgraciadamente en tantas otras ocasiones!..*)

La Beneficencia, es decir, la corporacion, que con un celo y una filantropia verdaderamente laudables, se ocupa en llevar á los labios del pobre un mendrugo de pan que le alivie el hambre y una jarrita de agua que mitigue la sed que le devora; esa humanitaria corporacion que prepara el lecho al enfermo, desposeido de hogar, y las medicinas que han de valerle la salud; esa misma corporacion que muelle el colchoncito de la cuna que precave al expósito de una segura muerte y acerca á los labios de la infancia desvalida el necesario alimento, dispone una corrida de toros, de la cual puede resultar que algun hombre ocupe el lecho preparado al moribundo, para el cual sean inútiles las medicinas acopiadas cuidadosamente ó que algunos huérfanos del padre muerto en las astas del toro, se reclinen alegremente sobre los mullidos colchoncitos de la cuna mecida por la caridad..»

¿Y qué? ¿Qué quiere decirnos el *Sr. Blasillo* con toda esa filosofía? Que la sociedad teje y desteje como otra nueva Penélope; que para practicar las obras de misericordia se necesita asunto, y que la beneficencia social, sabia y precavida, hace por todas partes sus desgraciados para acopiarlos, clasificarlos y distribuirlos en sus hospitales y asilos, como los naturalistas hacen con los bellos ejemplares de la naturaleza en sus museos, y mostrarlos luego ordenados á la admiracion exterior para que por una parte vean la variedad de ejemplares que ella sabe hacer y el esmero con que los trata, y sepa el mundo que hay gentes tan buenas que hacen los pobres por el evangélico placer de ejercitar la limosna y promueven vicios y enfermedades con el humanitario objeto de practicar la caridad y que no se marchiten en la inaccion esas flores que Dios puso en el delicado búcaro del alma.

¿Quién que vea hospitales, casas de misericordia, asilos, hospicios, inclusas, &.^a &.^a, podrá dudar de la civilizacion de un país y sobre todo de la moralidad, más aun, de la religiosidad de sus habitantes? Sólo un malicioso, al ver las pocilgas sociales y los estercoleros de la caridad, podrá pensar que, por lo pronto eso prueba la existencia de mucha pobreza, mucho vicio y mucha miseria; pero quien se eleve á las altas regiones de la filosofía, discurrirá que esos antros de la desdicha pública y de la beneficencia oficial, no son sino muestras innegables y precio-

sísimas de ese tesoro de virtudes que guardan en su pecho todos los asociados, empezando por los paternos gobiernos y acabando por las fraternales empresas de caridad.

Y luego, cuando se observa que con admirable ingenio ponen á contribucion los mismos vicios y sus progenitores los placeres, para buscar medios con que generosamente desarrollar la idea filantrópica á costa ajena y practicar limosnas y obras de misericordia con las bolsas de los demás, y cuando se reflexiona que fomentan con avidez, casi casi escandalosa, las ocasiones y las circunstancias de abastecer el local y procurarse materia y objeto para sus caridades y consolaciones en tabernas y tugurios, casas de prostitucion y de juego, días de holganza y fiestas soeces, circos gallísticos y corridas de toros, gallumbos y carreras de burros, toros de aficion y apaleo de gallos, etc. etc., se admira tras todo esto la sabiduría con que se disponen las cosas de manera que la sociedad todo lo otorga y que las corporaciones benéficas todo se lo procuran, pobres, enfermos, heridos, huérfanos, prostitutas, impedidos, ancianos, viudas, y... dinero, mucho dinero!

El empresario de la plaza de toros les da los sufragios placentemente obtenidos: y el toro en cada cuerno les ofrece un herido ó un muerto graciosamente ensartado. La sociedad se consuela de esto con aquello, que es como perdonar el bollo por el coscorron; y los pobres murmuran que no hay mal que por bien no venga y hasta la sociedad dice que por un gustazo un trancazo, máxime cuando este se recibe en cabeza ajena y... ahí nos las den todas.

Continúa el *Sr. Blasillo*:

"Después de esta reflexion, decidme, queridísimos lectores, si viene á pelo la redondilla puesta al frente de este articulejo. (*Perfectamente: oportuntísima!*)

¡Que anomalías, que contrastes ofrece á la observacion nuestro caracter nacional! (*El Sr. Blasillo tuerce el rumbo de su discurso: sigámosle hasta ver á donde va á parar.*)

Estalla una guerra civil, y un sentimiento espontáneo de patria y humanidad pone entre los primorosos dedos de las damas españolas el lienzo de donde extraen, casi con las lágrimas en los ojos, las hilas que restañan la sangre del soldado herido, y cierran la válvula por donde se hallaba pronta á escapar la preciada vida del hijo del pueblo, que presentó desnudo el pecho al furor de las balas enemigas en defensa de su bande-

ra liberal; ocurre un siniestro, perecen algunos laboriosos obreros y las delicadas manos que hacinaban montones de hilas con destino á los soldados de la patria, abren las gavetas para extraer de ellas los recursos materiales, que mitiguen, ya que no sequen, las lágrimas que aquella desgracia obliga á derramar, y esos mismos rosados dedos piadosísimos se ocupan en confeccionar las moñas para los toros de las corridas de Beneficencia, sin pensar que los animales, en cuyos morrillos van á lucir, pueden ocasionar la muerte de uno ó más hombres, y consiguientemente la desventura de algunas esposas y de muchos hijos.

¡Extraño país el nuestro!

Por fortuna, en esta ocasion, las moñas no han sido cómplices de ninguna desgracia; sino amuletos que han preservado á los toreros de todo mal.

¡Dios sea loado!»

Pues señor las anomalías y estrañezas del *Sr. Blasillo*, no dejan de esplicarse con facilidad; solo que es preciso, para intentar la esplicacion, dejar á un lado la galantería, y no acordarse de si las damas españolas tienen los dedos rosados y piadosos ó morenos y llenos de callos, lo cual en muchos casos suele valer más, si no para hacer hilas, para teger lienzos y embutir morcillas.

Hecho esto, acontece que la fabricacion de vendajes é hilas es un asunto de placer y variedad; que el obrador es un elegante y cómodo gabinete donde se reunen las amigas, y á veces tambien sus galanes, y en donde sin tarea, y al rumor de los suspiros amorosos, de las lisonjas, de las pretensiones galantes, de los chispeos de la pasion sexual, y sobre todo de la murmuracion, que es la sal de toda comidilla de sala, y con la cual se hacen, entre risotadas y cuchufletas heridas, en la honra más grandes y profundas que las que aquellas hilas van á tapar en el cuerpo, resulta al parecer que se ha rendido culto á la humanidad y se ofrece argumento para que un dia se diga en unas gacetillas muy lindamente redactadas por el aspirante á marido, novio ó Cirineo: «*La Sra. de tal y las Srtas. de cual y cual, han enviado á nuestro ejército de operaciones unos cuantos kilos de hilas y vendajes confeccionados con sumo primor y en las noches que hubieran podido dedicar á teatros, bailes y otros placeres.*»

Este bombo satisface á la vanidad, trompetea la filantropía pero falsifica los móviles, las circunstancias y los fines verdaderos de aquel trabajo, al que en modo alguno ha presidido la idea

de la piedad ni en el que se han agitado para nada los sentimientos caritativos y patrióticos.

Ocorre luego el siniestro, y aparece una lista que encabeza el orgullo con una cifra, no siempre verdadera: y debajo el amor propio, la soberbia, la envidia, la venganza y la vanidad misma, van colocando otros guarismos que dan un resultado terrestre y materialmente provechoso, pero que no pasa de tejas arriba, ni lo lleva ante el trono del Dios de las misericordias el angel de la caridad.

Siempre humo, siempre trompeteo, siempre en contradicción lo que relumbra á los ojos con lo que se esconde en la conciencia.

Los primorosos y rosados dedos que sacaban hilas y vaciaban las gavetas, obedecían entónces á impulsos ménos verdaderos que cuando luego se han entretenido en confeccionar moñas y banderillas. Mas no se estrañe por ello el *Sr. Blasillo*; que de la misma manera se visten los santos, se bordan insignias para las cofradías y se confeccionan flores y paños de altar. Un apósito para un herido liberal, un escapulario para un cura carlista y una moña para un toro, reconocen la misma procedencia: siempre un corazon vacío ó lleno de lo contrario que la cosa significa, y unos dedos afilados y bellos, muy apropósito para contener los besos que pone en nuestra boca eso que poéticamente se llama *amor*.

Por lo demás; es muy posible que lo que pasa en España pase igualmente en las demás naciones civilizadas: es cosa del actual momento histórico, es obra de la civilización moderna; sobre todo efecto de la educación que hoy damos á la mujer, secuela y corolario de la que arrastramos nosotros por los dorados salones de nuestra brillante sociedad, de esa misma que ejercitamos cuando vamos con nuestras hijas al jubileo por las mañanas, á los toros por la tarde y al baile de máscaras por la noche.

Por lo demás, la corrida de Beneficencia no ofreció nada de particular, á no ser que consideremos digna de mencion la grita que llevó el Sr. Alcalde primero Marqués de Torneros, que hacía de Presidente, por el *lapsus* cometido en el quinto toro, que por algo había de llamarse *Escapulario*.

Blasillo la describe brevisísimamente en estos términos:

“¿Porqué se le ocurriría al Sr. Marques tocar tan pronto á banderillas?”

Toma! porque quiso, en lo que estaba en su derecho; ó porque no lo entiende, lo cual redundaría en su honor; ó porque tenía ganas de acabar pronto, en lo cual no hay sino alabarle el gusto. Pues está bueno que se sea autoridad y presidente, y no se le puedan poner banderillas á un toro cuando á uno le da gana! Pues, hombre! Cuales son entónces los fueros de la autoridad?

“¡Ay que grita! Ha sido la primera de la temporada; pero dejará memoria en los fastos de las silbas. (*Los niños estarían de guasa!*)

Y de ello, lo malo es
que fué muy justa, marqués.”

Pues señor; entónces, no hay más que tener paciencia, ó vergüenza para no exponerse á otra, como seguramente habrá resuelto hacer el Sr. Marqués de Torneros.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

Precauciones para levantar los caballos que caen enganchados á un carruaje.

Es menester no intentar nunca levantar un caballo á latigazos.

Lo primero que hay que hacer es sujetar la cabeza del animal, cogiendo enérgicamente las bridas: no haciéndolo así, volverá á dejarla caer pesadamente sobre el suelo.

Sin soltar la cabeza, se procurará desembarazarle de los arreos, empezando por los que le sujetan al vehículo y sobre todo por los tirantes y la silla, y cuidando mucho de no quitarle la brida.

Una vez despojado de los arreos, es prudente desprenderle de las lanzas, siempre que se pueda, ya retirando el carruaje, ya levantándole, ya sacando al animal que se puede arrastrar suavemente tirándole de la cabeza, las crines y la cola.

Tomadas estas precauciones y despues de haberse asegurado que tiene bien colocadas las patas, se le escita dulcemente á levantarse, ayudándole cuanto sea posible y sosteniéndole siempre por la brida.

Para levantar y transportar los animales heridos, la SOCIEDAD recomienda el uso del vehículo especial construido por Mr. Gibert (calle de la *Gaité*, 28—Barrio XIV).

Este carruaje es, hasta el día, la mecánica mejor dispuesta y más sencilla para levantar prontamente los animales heridos sobre la vía pública. (*Anuario de la Protectora de París*, 1878).

Tipografía de José M.^a Gálvez, Tenerife y Sacramento 42.—Cádiz.